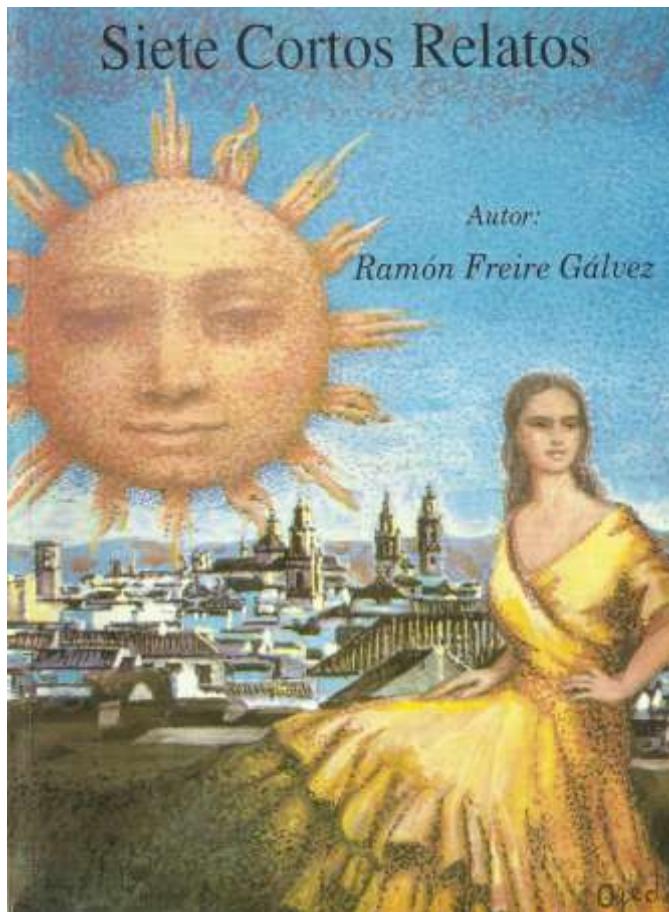


MIS SIETE CORTOS RELATOS (V)

Ramón Freire Gálvez.

Introducción y presentación: El año de 1992 publiqué un pequeño libro, que contenía y llevaba por título **SIETE CORTOS RELATOS**, cuya edición quedó agotada en el tiempo y ahora, en ese reposo que otorga el verano astigitano, poco a poco, he ido preparando (en aquella fecha los medios informáticos no son como actualmente) aquellos relatos, para, de uno en uno, irlos dando a conocer a través de mis publicaciones periódicas, con el único fin de que a quien le interese, pueda leerlo.



La fotografía de la izquierda corresponde a la portada. Igualmente en cada uno de los siete relatos, figurará la ilustración que realizaron los artistas que después referiré.

Para ello se hace necesario comenzar por la breve presentación que dediqué a la publicación, que decía lo siguiente:

Presentación: La ilusión del ser humano con ilusión de vida, es crear. Cuando

consigue crear, desea verlo crecer y extender su obra, por lo que aplicado ello al ámbito literario, cualquier modesto aprendiz de escritor, ve culminada su ilusión cuando consigue publicar su humilde obra.

Este es mi caso, por lo que mis primeras líneas necesariamente tienen que ser de agradecimiento a la empresa patrocinadora de esta publicación, así como a los pintores ecijanos, mis amigos Joaquín Ojeda y Francisco de la Matta, dos generaciones de pintores, a quienes acudí en solicitud de ver plasmado el arte que emanan, en mis cortos relatos.

*Tras lo anterior, hacerle saber lector, que el contenido de los **SIETE CORTOS RELATOS** reflejan situaciones que uno vive, siente y conoce a lo largo y ancho de varios años.*

Al principio de cada uno de ello irá un pequeño comentario sobre la nacencia de cada relato, que llegaron a formar siete, por ser dicho número también parte de la historia de nuestro hermoso pueblo.

Ramón Freire

Plasmado lo anterior, este es el quinto de los relatos que formaron aquella publicación:

QUINTO RELATO

FIESTA EN EL MUSEO

El respeto a nuestros mayores es algo que está en desuso, cuando no convertimos en simples muebles decorativos, olvidando, tristemente, no sólo su ayuda constante, sino también que ellos son portadores y conocedores de vivencias llenas de realidad, enriqueciéndonos con sus experiencias en nuestras frías y sensibles vidas.

Por ello, este quinto relato, es un pequeño homenaje a esas personas mayores que, ostentando cualquier cargo o profesión, lo llevan a cabo con una dignidad y cariño, que debería servirnos de espejo constante.

Aquella tarde, cuando Juan, el viejo conserje del Museo del Ferrocarril de Madrid, giraba su visita rutinaria por el espacioso salón donde se hospedaban las máquinas de tren que habían sido jubiladas, a las que él gustaba de contemplar detenidamente, como parte de la historia que encerraban las mismas, notó que algo raro flotaba en el ambiente, pero no acertaba a comprender lo que era.

Estuvo más tiempo del que dedicaba a dicho salón diariamente, dándole vueltas a su cabeza, en un silencio sepulcral, intentando averiguar lo qué en el ambiente se dejaba sentir.

Juan, gallego de nacimiento, que había emigrado a la capital de España por motivos de trabajo, llevaba treinta y cinco años en el empleo, quedándose poco tiempo para jubilarse. Había visto pasar por el museo a muchísimas personas, las cuales quedaban admiradas de las viejas máquinas de tren que allí se exponían.

Por el origen de su nacimiento, era de carácter un poco receloso, si bien decía no creer en las meigas gallegas, aunque la verdad es que nunca quería poner en duda su existencia, por si acaso. Quizás aquel día, guiado por su edad, dejó volar la imaginación sobre la rareza que en el ambiente se respiraba.

De pronto, al mirar hacia una esquina, donde se encontraba una de las viejas máquinas, concretamente la que procedía de la región levantina, vio que no estaba en la posición que, durante muchos años, había permanecido, pero no le dio mayor importancia, pensando que ello era producto de su cansada imaginación y del desgaste físico que aquel día pesaba sobre su cuerpo.

Procedió a cerrar el espacioso salón, tan amplio era que las seis máquinas expuestas, dejaban muchos pasillos libres entre ellas, para que los visitantes del museo pudieran pasearse entre las mismas y contemplarlas con todo detalle, repasándolas detenidamente, que por cierto, el servicio de limpieza del museo mantenía en perfecto estado de revista.

Pero Juan no había quedado tranquilo. Dicha pregunta se la fue haciendo durante el camino que iba del museo hasta su domicilio. ¿Cómo es posible que dicha máquina se haya podido mover? Habría sido el servicio de

mantenimiento, se respondía asimismo, pero no era posible, dado que él no había faltado ningún día y cuando dicho servicio o el de limpieza necesitaban entrar en el salón, nadie, más que él, era el autorizado para realizar cualquier movimiento.

Cuando llegó a su casa, Juan estaba absorbido por la misma idea. No conseguía hilvanar conversación con su esposa, quien incluso le preguntó si había ocurrido algo en el museo, ante la falta de dialogo de aquél.

No se atrevía a contar lo que había visto, porque su familia podía pensar que no estaba bien debido a la edad y a los achaques que la misma le tenía asignado.

No me ha ocurrido nada, es que estoy cansado, contestaba Juan, una y otra vez, a las preguntas de su esposa.

Mucho trabajo le costó aquella noche a Juan coger el sueño. Seguía dándole vueltas a la cabeza sobre lo que había visto. Deseaba más que nunca, llegase la mañana siguiente para entrar de nuevo en el salón antes de abrirlo al público y comprobar si estaba o no en lo cierto.

Al día siguiente, la mañana amaneció lluviosa. Cogió Juan un paraguas y se encaminó al museo. La puntualidad en su trabajo era algo que llevaba como el mejor inglés. Cuando llegó, soltó sus pertenencias en la conserjería y cogió las llaves del gran salón, abrió la puerta con mucho cuidado y sigilo, como si esperase encontrarse algo extraño y entró en el mismo.

Nada había ocurrido, todo estaba igual que la tarde anterior. Un silencio sepulcral envolvía al salón y las seis hermosas y viejas máquinas del ferrocarril, perfectamente colocadas en los lugares donde llevaban ya muchos años. Eso sí, la de la región levantina seguía en la extraña situación que él observó la tarde antes.

Durante todo el día fueron numerosas las personas que visitaron el museo y Juan contemplaba orgulloso las caras de admiración de dichos visitantes, al tiempo que asentía sobre los comentarios que estos hacían de las mencionadas máquinas allí expuestas. ¡Cuántas historias portaban cada una de ellas, cuántas anécdotas podrían contar si hablaran!

Eso mismo se preguntaba Juan. ¿Y si hablan las máquinas cuando se quedan solas? Imposible, se respondía a sí mismo. No dejan de ser trozos de hierros, formados por el hombre y dotados de dispositivas para realizar una función específica, pero sin cuerpo ni alma.

Pero tendrían su coroncito se decía para sí Juan, por lo bien hechas y hermosas que eran. Igual que la tarde anterior, Juan hizo el recorrido de rutina y cerró el salón, pero una idea le vino a la mente; nunca se le había ocurrido, en tantos años de trabajo, pasar una noche en el interior del salón, junto a las viejas máquinas, lo que, quizás por miedo, no lo había pensado antes, pero en el fondo era porque no tenía objeto alguno el quedarse una noche junto a ellas.

Al mismo momento de cerrar las puertas, lo estaba decidiendo. Se quedaría allí aquella noche.

Desde la conserjería marcó el teléfono de su casa. Esta noche llegaré tarde, le dijo a su esposa cuando esta cogió el teléfono; van a venir unos señores del museo de Londres, para realizar estudios sobre el ferrocarril en España y me ha pedido el Director que les acompañe, dado el tiempo que llevo aquí y mis conocimientos, por lo que no me debes esperar.

Nada sospechó su fiel esposa, más bien se sintió orgullosa de que su marido fuese importante dentro del museo.

Juan cerró las puertas del salón y esperó tranquilamente la llegada de la noche en la casilla de la conserjería leyendo el periódico. Previamente, en la bodega que había junto al museo, en la misma calle, se había una copita de ribeiro y unos aperitivos que cubrirían la cena a la que estaba acostumbrado.

Sonaron las campanas que señalaban las once de la noche en el reloj del museo y Juan, con paso suave y silencioso, se marchó hacia el salón abriendo sus puertas lenta y pausadamente, pues incluso en la oscuridad no necesitaba encender la luz, porque con los ojos cerrados, sabía perfectamente donde estaba situado todo, dadas las veces que durante muchos años había entrado.

Buscó un lugar estratégico en el fondo del salón, desde donde pudiera observarlo y oírlo todo, porque dadas las dimensiones del mismo, el eco que producían las paredes, permitía, que desde cualquier lugar, escuchar, lo que se dijera en su interior.

Transcurrió una hora aproximadamente, dado que Juan había escuchado, a lo lejos, las doce campanas del reloj, cuando algo insólito ocurrió y que sólo el viejo conserje del museo pudo ver y escuchar.

(Llegado a este punto del relato, se hace necesario transcribir, exactamente y con toda fidelidad, lo que aquella noche ocurrió en el museo.)

Las seis máquinas que había en el salón, procedían de las regiones levantina, gallega, andaluza, catalana, extremeña y castellana. Todas habían cumplido más de cincuenta años de servicio en la red de los ferrocarriles españoles. La jubilación de las mismas se produjo por su antigüedad y encontrarse en condiciones de seguir en activo, pero dado el buen servicio que habían prestado y las historias que reunían cada una de ellas, eran dignas de ocupar un lugar de honor en el museo. En las seis había algo en común, entraron en servicio el mismo día y precisamente aquella noche, mejor dicho, ya en el día siguiente, a partir de las cero horas, era el cumpleaños de todas ellas. Ni más ni menos que sesenta y cinco años de sus nacimientos, siendo ello algo tan importante que, dichas máquinas, decidieron realizar una fiesta en conmemoración de tales cumpleaños. Para tan magno acontecimiento, como seres vivos, las partes móviles de cada una de ellas, prepararon todo lo necesario para su celebración. Habían conseguido carbón, como alimento y aceite de engrasar, como bebida.

De pronto se pusieron en movimiento, seguras de no haber espectadores alguno que les pudiera llamar la atención. Se reunieron alrededor del alimento y de la bebida, haciendo un coro, al tiempo que entonaban viejas canciones que habían aprendido de aquellos trabajadores que, día tras día, durante muchos años, habían transportados por toda la geografía española. La nostalgia llegaba a más de una, pero se sentían tan felices, que no les daba tiempo a derramar lágrima que no fuese de alegría.

La máquina gallegada comenzó a contar la cara que puso Juan, el conserje, cuando la otra tarde vio desplazada de su sitio a la levantina, todas comenzaron a reírse con sonadas carcajadas que interrumpió la ronca voz de la máquina castellana.

Al principio, dijo, me hizo mucha gracia, pero después no he dejado de pensar en ningún momento en el pobre Juan. Él, que tanto nos mima y aprecia,

no merecía lo que le hicimos. Estará preocupado porque jamás esperaría que alguna de nosotras se hubiese movido.

La levantina, responsable de lo sucedido, asintiendo dijo: No he podido evitarlo, calculé mal el tiempo de cerrar Juan la puerta del salón y me desplacé antes de la hora, creedme que lo siento por él.

Bueno, no tiene importancia, Juan es tan buena persona que no se habrá molestado, dijo la catalana. Además, matizó, Juan nunca podrá imaginar que cuando se marcha y cierra el salón y el museo, nosotras hablamos y paseamos por aquel y si no salimos a la calle, es por la estrechez de la puerta, pues de lo contrario pasearíamos en la soledad dulce y silenciosa de la noche.

Casi al unísono todas coincidieron en olvidar el tema y seguir con su particular fiesta, comenzando a contar algunas anécdotas, bebiendo y comiendo, entonando canciones para finalizar con la de cumpleaños feliz, tomándose cada una la porción de carbón y lanzando al viento fuertes pitidos, recordando el tiempo que estuvieron en servicio activo, cuando avisaban con dichos sonidos la llegada del tren a aquella u otra estación, de aquel pueblo cualquiera del norte, este, sur y oeste español.

Tomando el líquido se engrasaron todas sus partes mecánicas, al tiempo que cada una hacia una pируeta y las demás aplaudían, volviendo a lanzar estruendosos pitidos en señal de alegría por aquella celebración, pues no siempre se cumplían sesenta y cinco años.

Así permanecieron durante un buen rato aquella inolvidable noche, cuando se percataron a través de las ventanas del salón, que comenzaba a despuntar el día. Por un momento se habían olvidado que carecían de alma y aunque fuere su cumpleaños, tenían que seguir inmóviles, como permanente exposición a los ojos de los visitantes del museo que, a partir de las diez de la mañana, como cada día, comenzarían a llegar.

Un energético aviso de la máquina castellana, anunciando que eran las siete de la mañana, sirvió para que, rápidamente, recogieran todo lo que habían desenvuelto, volviendo a colocarse en idéntica posición a la que tenían diariamente.

A ninguna de ellas había que decirle cuál era su puesto y así, en el mismo lugar que ocupaban antes de la fiesta, quedaron perfectamente situadas.



MIT 7 1991

Mientras tanto, el bueno de Juan, no podía salir de su asombro. Se había quedado atónito por lo que había presenciado. Con pasos sigilosos y de puntillas, aprovechó para salir del salón igual que había entrado, cerrando suavemente la puerta y marchándose a la consejería, donde, a pesar del frío de aquellas fechas, llegó sudoroso, más de miedo y asombro, de que de fatiga física.

Se sentó sobre el sillón, se frotó una y otra vez los ojos, bebió agua de forma rápida y encendió un cigarrillo mucho antes que otros días. No daba crédito a lo que había visto, seguía pensando que era imposible que aquellas máquinas hubiesen hablado y movido, se consolaba pensando que todo habría sido un sueño, desde que fijó su pensamiento el día que vio a una de ellas desplazada de su lugar habitual.

No sabía qué hacer, si marcharse a su casa o esperar que llegase la hora de abrir el museo, relajándose mientras tanto. Optó por esto último. Cuando eran las ocho y media de la mañana, hora en que se levantaba normalmente, llamó por teléfono a su esposa y le dijo que como había terminado muy tarde y no querer salir de noche a la calle, había decidido quedarse a dormir en el museo, donde había dado unas cabezaditas en el sillón de la conserjería. Su mujer aprobó la decisión de Juan, dada la edad que tenía y los problemas que la calle presentaba a determinadas horas de la madrugada, al tiempo que se despedían hasta la hora del almuerzo.

Sin saber el por qué, Juan comprobó que dicho día fue el de más visitantes al museo de los últimos tiempos. No descansó en todo el día de enseñar el salón de las viejas máquinas del ferrocarril.

Estas máquinas que ustedes pueden ver aquí, decía con voz segura a los visitantes, han hecho un gran servicio a España y a los españoles. Aquella, en la región levantina, esta en la gallega, la de la esquina en la andaluza, la del fondo en la extremeña, la del lateral en la catalana y la de la izquierda en la castellana. A todas las quiero por igual.

Juan, sin darse cuenta, quizás impulsado por la emoción vivida durante la pasada madrugada, estaba desviando su información sobre el ferrocarril a la de sus propios sentimientos, pero a los visitantes aquello no le extrañó, más bien al contrario, veían en Juan a un conserje ya mayor, ilusionado con su trabajo y enamorado, como un padre de sus hijos, de aquellas máquinas que consideraba parte de su vida.

Además, seguía Juan con su explicación, todas saben cantar canciones de las regiones donde prestaron sus servicios y son conocedoras de multitud de historias y anécdotas que escuchaban de las personas que las conducían y de las que transportaban.

En dicho instante, Juan se dio cuenta de que los visitantes podrían formarse una opinión de él, distinta a la realidad, pudiendo llegar a pensar que no estaba bueno de la cabeza, incluso cabía la posibilidad de que alguno le diese las quejas al director y pudiese tener problemas con su empleo, por contar relatos en lugar de la historia del ferrocarril.

Bueno señores, aclaró Juan en tono distendido y jovial, es broma todo ello, pero las quiero tanto que me gustaría fuere verdad todo lo que les estoy contando, aunque si quiero decirles algo que es absolutamente cierto. Hoy, precisamente, hoy, tienen ustedes el privilegio de asistir al sesenta y cinco

cumpleaños de estas seis máquinas de ferrocarril y yo, como el único homenaje que les puedo rendirles es mi admiración, les pido a ustedes, si quieren, que entonen conmigo la misma canción que les cantamos a nuestros hijos cuando cumplen años.

Aún resuena por todo el museo el cumpleaños feliz que cantaron los más de cincuenta visitantes que estaban en el salón, así como el aplauso que retumbó por el eco como uno solo, cuando finalizaron tan emocionado cántico.

Muchas gracias señores, les dijo Juan. De ahora en adelante, estas máquinas les recordarán siempre y me consta que les han quedado muy agradecidas.

Más de una sonrisa de los visitantes se perdió por el interior del salón, pues más de uno seguía pensando que el conserje estaba un poco trastornado, si bien es cierto que ninguno se atrevió a realizar comentario alguno, por respeto a su edad.

Cuando terminó la jornada matutina, Juan, mucho más tranquilo y relajado, con paso garboso en el andar, se dirigió al interior de salón, recorriendo el mismo detenidamente, como si fuere la primera vez que veía a dichas máquinas, al tiempo que, en voz alta, como queriendo que les escucharan, decía:

Estoy enfadado con todas vosotras. No hay derecho ni me merezco lo que me habéis hecho. Yo soy parte de ustedes y ustedes parte de mí y por ello tenían la obligación de haberme invitado a la fiesta de cumpleaños que habéis celebrado esta madrugada pasada y no que sólo pude ser testigo oculto de lo que festejaron ustedes, sin haber podido participar en la fiesta, pero como buen padre, no me queda más remedio que perdonaros, aunque eso sí, espero que el año próximo sea invitado.

La cara que se les quedó a las seis máquinas no puede describirse.

¿Había estado Juan en el salón cuando celebraron la fiesta o es que sabía de verdad que era el día de su cumpleaños, por los datos que de ellas existían en el museo?

No podía ser, pensaron para sus adentro todas, pues aunque supiera la fecha, no podía imaginarlo, a no ser que fuere verdad que presenció la fiesta.

Cuando Juan cerró, armoniosamente y despacioseamente el salón y se quedaron las máquinas en su soledad, acordaron que fuere verdad o no lo que Juan había dicho, año próximo le invitarían al cumpleaños de todas ellas, porque era cierto que también le consideraban parte de sus vidas.

Cuando el viejo conserje se marchaba lentamente por el pasillo del salón a la conserjería, escuchó en sus todavía finos oídos, que las máquinas daban vivas en su honor y le agradecían el comportamiento que con ellas tenía.

Ya por la tarde, durante todo el camino que, desde el museo, le llevaba a su casa, Juan lo hacía con una sonrisa fija en su boca, tranquilidad en el pensamiento y creyendo mucho más en las meigas que de siempre le contaron existían en Galicia, pensando que el destino las había hecho llegar al museo y le había dado vida a las máquinas del ferrocarril.

Al llegar a su casa, le esperaba su prudente y paciente esposa, la que tras casi todo un día sin verle, preguntó cómo le había ido la visita a los señores del museo de Londres, a lo que Juan, de forma imprevista y sin meditar la respuesta, contestó:

Bien, muy bien, han venido a celebrar el cumpleaños de las viejas máquinas del ferrocarril.

Pero Juan, qué dices, estás bebido, le replicó su esposa.

No mujer, perdona, es que hoy cumplen las máquinas sesenta y cinco años y me había venido al pensamiento que si hablaran y tuvieran su corazoncito podríamos celebrarlo con ellas, como hacíamos cuando nuestros hijos eran pequeños, pero la verdad es que solamente son trozos de hierro que no hablan ni sienten.

Esbozó una pequeña sonrisa, a la que su mujer no le dio mayor importancia, pues pensaba que todo era una broma de su querido esposo, tras todo un día sin verla.